

La mancha roja □□

Valentín E. Anchaba □□



## Capítulo 1

La madera del suelo tenía un olor rancio y podrido. Las cervezas de la noche anterior se derramaron sobre el entablado dejando una gran mancha de humedad. Su abuelo se lo iba a reprochar. En las Malvinas una granada estalló cerca de su oído derecho, las esquirlas deformaron toda su oreja y le quitaron la audición de ese lado. Esa parcialidad auditiva le hizo desarrollar un sentido del olfato y vistas increíbles, por lo que no tardaría en gritarle cuando bajase.

Se levantó como pudo, fusilado por la resaca. Su estómago ya renegaba por el alcohol y su cabeza palpitaba como si tuviera un bombo dentro. Gruñendo abrió su mesa de luz, sacó una aspirina y la tragó sin agua. Encendió el velador y miró la hora en su celular: 9:22, llegaba tarde. Claro que su padre también le reprocharía por eso, era un rasgo que se repetía en toda la familia.

En el cajón, al lado de las aspirinas, estaban algunos restos de la marihuana fumada anoche. Dudó, pero decidió que con esa jaqueca lo mejor sería mantenerse sobrio. Se vistió con pesadumbre el conjunto pintado de un beige suave de la jornada anterior. Miró la batería: 24%, siempre corto, pero sería suficiente para hacer las nueve cuadras con música. En sus auriculares sonaban "Los Grandes Éxitos En Español", de Cypress Hill. Sostenía y sostendría toda su vida que B-Real era mucho mejor en la lengua latina que en inglés, a lo que el Gitano discrepaba. a veces parecía oír menos que su abuelo.

Bajando los derruidos escalones hacia el salón-comedor se sacó uno de los audífonos, ya que su abuelo ya se estaba quejando:

- ... lo vas a limpiar con la lengua al desastre ese vas a ver. Siempre te digo, Martín, que cuides el techo pendejo de ...

- Aha – respondió el nieto, mientras se volvía a poner el auricular. Ya llevaba a su boca el jugo de naranja de la heladera y se preparaba para partir lo antes posible.

Dejando la antigua casa se internó en las calles del otoño. Hacía frío a la sombra, debería haberse puesto un abrigo. Luego el sol lo abofeteó en la cara, mejor no se pondría nada. Se acomodó la mochila en la espalda y enfiló.

Bostezando y con manos en los bolsillos pateaba las piedras por aburrimiento. Era lunes, y él ya estaba planeando el fin de semana, aún dormido, pero soñando despierto. Eso era su consuelo, saber que la semana se terminaría y que tendría sus dos días de libertad bien

merecidos.

La ciudad estaba despertando, los autos recorrían veloces la avenida principal para abrir sus negocios, abarrotando las esquinas de los semáforos. A los lados, las vidrieras exponían las caras adormiladas de los cadetes, quienes se cebaban los primeros mates del día.

Llegó a una esquina y dobló, llegando así a las rejas de la vieja casa de los Zubeldía. Mas derruida que la casa de su abuelo, ese hogar solía ser una pila de escombros, hasta que un rico loco decidió comprarla y remodelarla. "Tiene un patio formidable", decía el empresario. Tenía su punto, puesto que era enorme, además de contar con piscina y una fuente circular de piedra. Pero Martín creía que había que estar deschavado para adquirir una propiedad así, al borde de la ruina, solo por su peso histórico. Mejor que se compre una quinta cerca de la ruta y que se deje de idioteces, como si a alguien con dinero realmente le interese vivir en Laboulaye.

Entró por el portal: sendos pilares cincelados sostenían un techo liso que protegía un gran portón de madera que era la entrada principal. Entrando al recibidor una extraña mezcla de olores llegaban a la nariz de Martín, ese mejunje de sensaciones que da el paso del tiempo a las construcciones del ser humano que nunca parecen mantenerse del todo.

Su hermano ya estaba allí, llevando dos latas de pintura mientras salía del salón. Este se detuvo al verle, escupiendo la brocha que llevaba entre los dientes.

- Ayúdame dale – dijo a Martín.

De modo que a ello se puso, levantando la brocha del suelo y llevándosela al bolsillo. Juntos tomaron la escalera de mano y la llevaron hacia el estudio, la última parte a pintar, cuyo techo era de gran altura. Pinceles, brochas, trapos, rodillos, el equipo de mate y lonas para no manchar el piso se hallaban ya dentro de aquella amplia habitación.

Martín no había entrado a esa parte de la casa aún y le gustaba lo que veía. Profesional, parecía que el dueño había sido un maniático del orden y este era el santo grial de su vida. Un gran ventanal de tres metros de alto daba una vista completa del extenso terreno verde detrás de la casa. A la derecha de aquel cristal nacía una gran biblioteca, doblaba en la esquina y seguía hasta el centro de la habitación. Un gran escritorio de una extraña madera se extendía frente a ella, lo cual llamó la especial atención de Martín.

Al acercarse, vio que la fibra y color de aquel mueble era en extremo conocida por él. "¡Es de cocobolo!", pensó asombrado. El antiguo miembro de la casa había compartido el extraño gusto de aquel ficticio abogado de

Albuquerque que tanto había gustado a Martín. Pero esa extraña coincidencia de repente agrado se vería sesgada por la horrible sensación que llegaron a sus suelas.

Al bajar la vista, Martín advirtió que yacía parado sobre una gran mancha roja. No, no era roja, era negra. ¿Por qué la había visto roja? Sin dudas lo parecía a simple vista, pero aquella sustancia era demasiado oscura para ser de color rojo. La sensación de sus pies era de viscosidad, típica de una sustancia pegajosa.

- ¿Que pasó acá? – le preguntó a su hermano.

Este ya estaba corriendo y acomodando los muebles.

- Me parece que el viejo había querido pintar el escritorio y se le cayó toda la pintura – respondió, mientras se subía a la escalera con su rodillo.

- ¿De rojo la iba a pintar? Malísimo.

- ¿Qué rojo boludo? Eso debe ser un aceite oscuro para maderas – espetó el hermano mayor – Ahora vení y ayudame a terminar de una buena vez.

Durante toda la tarde cubrieron de beige todas las paredes, dejando hasta el último recodo pintado antes del amanecer. Sobre aquel escritorio el hermano mayor había dejado su celular mientras sonaba una radio deportiva. A Martín le sorprendía la capacidad de los periodistas para decir burradas, no porque supiese algo de fútbol (de hecho, ni siquiera miraba, prefería ver la FMS), sino porque repudiaba a la gente incapaz de hablar con propiedad. Si había personas capaces de ganarse la vida escupiendo hacia las carreras de otros, entonces Martín podría dedicarse al rap o el freestyle, de alguna manera.

Tras terminar la jornada, se sentaron en el pasillo pasándose el mate y charlando sobre nimiedades. Te pronto, en uno de los silencios, los oídos de Martín captaron un asunto que poco tenía que ver con la temática de la radio.

- ... dejando de lado el último partido de Boca y de su horrible desempeño vamos a pasar ahora a un tema delicado. Sigue desaparecida Mérida Sánchez, de la localidad de Laboulaye, la ciudad protagonista de los últimos seis meses ... - dijo el conductor.

Mérida. Mierda, ese nombre otra vez. No pararía de perseguirlo hasta el fin de sus días, al parecer. Martín adoptó un semblante de piedra, su mente se perdió en una de las pocas noches que compartió en la cama de aquella chica.

- Ey, despertate, te estoy hablando – le dijo su hermano, codeándolo.
- ¿Eh? Perdón ...
- ¿Qué te pasa?
- Nada.

En realidad, pasaba todo menos nada. Mérida era una chica que había asistido al mismo secundario que Martín y se habían conocido en una joda del Gitano. Nunca tuvieron nada serio, pero se llevaban bastante bien y se gustaban bastante. Solía venderle hierba, tras lo cual aprovechaba y se acostaba con ella. Pero un día desapareció. No se la vio en su casa, ni en la de sus amigas, ni en la del abuelo de Martín.

Descubrió que, en el fondo, aunque nunca sintió nada especial por ella, deseaba que apareciera. No solo porque desear eso era lo normal, sino porque intuía que era buena persona. Además, Martín solo buscaba un alivio a su angustia. El nada tenía que ver con todo ese tema, pero sin dudas le estaba tocando de cerca.

Abandonaron una vez más la antigua casa, cerraron la cerca con candado y cada uno se fue a su casa para volver al día siguiente y dar la última mano. Las luces de las calles recién se encendían y el sol se ocultaba allá en el oeste. Martín giró en una esquina para pasar por casa de Mondí, cerca de la suya. Se sacó los auriculares al sentir el retumbar de un grave, obviamente del Mondí. “Lunes y ya de joda”, pensó divertido.

Abrió la puerta de rejas y el perro comenzó a ladrarle, juguetón. Llegó a la puerta y tocó, obviamente nadie escuchó, un giro de picaporte y ya estaba en el comedor. Un hilillo de humo salía de la habitación de su amigo, y cuando abrió se encontró con todo el barrio dentro de aquella superficie de 3x3.

Entre latas y papeles, hierba y cervezas, amplificadores y altoparlantes se apiñaron a lanzar rimas sobre los ritmos. Caja, bombo, platillo y bajo, todo al servicio de los niños del nuevo mundo, la única liberación del yugo social de los adultos.

Tras pasar un rato con buena compañía salió a la ahora fría calle, sacó su abrigo de la mochila, se arrebulló en él y partió hacia la casa de su abuelo.

Momentos como este le hacían sentir bien, le hacían sentir vivo. Olvidaba todo, las responsabilidades, las miradas y obligaciones, los llamados de su madre y/o padre, preguntando como llevaba la “temporal” estadía en casa de su abuelo. Si supieran que nunca volvería aquel lugar de mala muerte,

prefería mil veces quedarse con su rancio abuelo.

Llegó a la calidez de la chimenea crepitante, su abuelo yacía dormido en el sillón frente al televisor, que reproducía una vieja película de nazis. Suspirando despertó al vejestorio, le ayudó a llegar a la cama y allí volvió a dormirse. Martín se volvió hacia la cocina, se sirvió un plato de sopa y se sentó en una de las butacas de la sala de estar. Volvió a sacar sus auriculares, su libreta y su lápiz; reprodujo una de sus pistas favoritas de J-Dilla y se puso a escribir.

Esa actividad, que hacía todas las noches antes de dormir, floreció en una buena cantidad de material, tal vez lo suficiente para hacer un LP en dos o tres semanas. Debería hablar con uno de los pibes y ver si podía pactar un día de producción. Creía que sus letras prometían, pero no tenía mucha idea de como promocionarla. "Un paso a la vez", se recordó. Si no se repetía esa frase viviría el resto de sus días como pintor, Dios no quiera.

Al día siguiente amaneció despejado, el día y su mente. Como un zombi repitió la misma rutina de todos los días; se puso la misma ropa, el mismo calzado, la misma música, las mismas quejas de su abuelo.

Las calles eran las mismas, los pensamientos (repetitivos) también. Zion I, X-zibit, Eminem, Wu-Tang. "With my mind on my money and my money on my ..."

Al girar la esquina Martin se encontró con patrullas y camionetas. Los policías uniformados se apiñaron entorno a la entrada de la casa, cercando la zona con una cinta de "peligro" a su alrededor. Su hermano estaba dentro de aquella zona, hablando con un hombre de traje, bigote y sombrero de ala corta.

Su primer instinto le recordó toda su experiencia con la policía, advirtiéndole que abandonara la escena cuanto antes. Pero se quedó petrificado al ver a su hermano tan tranquilo junto a los oficiales, tras lo cual sus pies se movieron automáticamente entre el tumulto de gente que estiraba los cuellos en dirección a la casa.

Una de las oficiales le impidió el paso más allá de la cinta contenedora, tras lo cual su hermano le indicó al detective (obviamente era eso) que él era su hermano menor, el compañero de trabajo del cual le había contado. Con el paso cedido, Martín avanzó entre las miradas de los demás policías, transeúntes y rápidos reporteros locales.

- ¿Qué paso boludo? – le preguntó a su hermano tras llegar a su lado.

- No tengo idea – respondió este, desconcertado mientras se rascaba su

barba.

El supuesto detective se acercó y estrechó la mano de Martín.

- Detective Rosales – dijo, claramente cordobés -, usted debe ser Martín ¿no?

- Eh ... sí – respondió, dudando.

- Síganme por favor.

Subieron a la acera, luego subieron al camino empedrado y abrieron la gran puerta de madera. Lleno de corbatas y camisas, todo el salón y el comedor se convirtió en una suerte de oficina improvisada, donde llamados y gritos se repartían de aquí para allá. Al entrar ambos hermanos en escena, el alboroto se detuvo de pronto. Sus ropas los delataron, los pintores habían llegado.

Fueron conducidos hacia el mismo estudio que pintaron el día anterior, descubriendo la escena del crimen. Los peritos detuvieron sus estudios al llegar el detective, este se disculpó y pidió la sala por diez minutos.

Pronto quedaron solos los dos hermanos, junto con el detective y el oficial a cargo del operativo. Rosales se aclaró la garganta y procedió.

- Bien, no les quiero robar mucho tiempo muchachos y tampoco quiero que ustedes me quiten el mío, así que voy a ser breve y directo. Seguramente han escuchado el nombre Mérida Sánchez en estos últimos meses ...

Otra vez ese nombre, pero esta vez era un mal presagio. Aquella sensación, angustiante por demás, recorrió toda su espina dorsal y revolvió todo su estómago, reduciéndolo a una masa tan pequeña como una canica.

- ... la investigación nos llevó a esta casa, y esa mancha del suelo – concluyó el detective, girando hacia la oscura silueta en la madera.